

XXVII Domingo del tiempo ordinario – El riesgo de defraudar a Dios

La parábola de los viñadores homicidas es tan dura que a los cristianos nos cuesta pensar que esta advertencia profética, dirigida por Jesús a los dirigentes religiosos de su tiempo, tenga algo que ver con nosotros.

El relato habla de unos labradores encargados por un señor para trabajar su viña. Llegado el tiempo de la vendimia sucede algo inesperado. Los labradores se niegan a entregar la cosecha. El señor no solo no recogerá los frutos que tanto espera, sino que los labradores matan a su hijo para quedarse con la herencia.

¿Qué puede hacer el señor de la viña con esos labradores?

A veces pensamos que esta parábola tan amenazadora vale para el pueblo del Antiguo Testamento, pero no para nosotros, que somos el pueblo de la Nueva Alianza y tenemos ya la garantía de que Cristo estará siempre con nosotros.

Es un error. La parábola está hablando también de nosotros. Dios no tiene por qué bendecir un cristianismo del que no recibe los frutos que espera. No tiene por qué identificarse con nuestras incoherencias, desviaciones y poca fidelidad.

El reino de Dios no es de la Iglesia. No pertenece ni a la jerarquía, ni a los laicos más cercanos a ella. No es propiedad de estos teólogos o de aquellos otros. Su único dueño es el Padre. Nadie se ha de sentir propietario de su verdad ni de su espíritu. El reino de Dios está en “el pueblo que produce sus frutos” de justicia, compasión y defensa de los últimos.

Dios no es propiedad de nadie. Su viña le pertenece solo a Él. Y si la Iglesia no produce los frutos que Él espera, Dios seguirá abriendo nuevos caminos de salvación.

No debemos olvidar que en la sociedad se recogen los frutos que se van sembrando en nuestras familias, centros docentes, instituciones políticas, estructuras sociales y comunidades religiosas.

Erich Fromm se preguntaba con razón: *“Es cristiano el mundo occidental?”*. A juzgar por los frutos, la respuesta sería básicamente negativa. Nuestra sociedad occidental apenas produce “frutos del reino de Dios”: solidaridad, fraternidad, mutuo servicio, justicia para los más desfavorecidos, perdón.

Hoy Jesús nos sigue alertando: *“El reino de Dios se dará a un pueblo que produzca sus frutos”*. No es el momento de lamentarse estérilmente. La creación de una sociedad nueva solo es posible si los estímulos de lucro, poder y dominio son sustituidos por los de la solidaridad y la fraternidad.

¿Qué estamos esperando para cambiar?

¡Buena semana!

Adaptación de El camino abierto por Jesús. Mateo

Equipo Nacional Red Mundial de Oración del Papa

Argentina – Uruguay.